



UNA TARDE DE SEPTIEMBRE

Pedro Pascual Ramírez

UNA TARDE DE SEPTIEMBRE



Primera edición: septiembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro Pascual Ramírez

© Lámina de portada: Recreación del óleo *Joven muchacha leyendo*
Jean-Honore Fragonard

ISBN: 978-84-10400-40-5

ISBN digital: 978-84-10400-41-2

Depósito legal: M-18727-2024

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Al gran amor que siempre tuve
...y no supe cuidar.*

Leí a un poeta:

*No escribas; ¡Para qué! Lo que imaginas
ya lo habrá dicho alguien
No hables (...)
No fatigues el aire
con tus discursos: ama como amas
y sufre como sufres... ¡Pero cállate!*

Querido Amado Nervo: Tal vez debí hacerte caso... o quizás no.

Capítulo I

Madrid, 2 de mayo de 1808

Con las primeras luces del alba, Francisco José se percata que ha dejado de llover. Se alegra, es lunes 2 de mayo y tiene muchas cosas que hacer.

Por fin, tras un mes de espera desde que llegara de la Nueva España, se iba a producir la reunión que tanto esperaba y que era el principal motivo de su venida a España. Las particulares circunstancias que estaban ocurriendo en la madre patria habían sembrado la inquietud en las lejanas tierras de América, siendo el motivo de su viaje el interesarse y garantizar los envíos de pólvora y azogue para la explotación de las minas de oro y plata del Virreinato, principalmente las de Guanajuato, que son, en estos momentos, las mayores productoras de plata del mundo. También venía a tratar sobre un asunto muy delicado, como era saber de la derogación de la injusta Ley de Consolidación de Vales Reales, cuyos impuestos eran entregados en su totalidad a Francia para la financiación de sus guerras a cambio de que España quedara exenta de intervenir en ellas.

La aplicación de esta ley, conocida popularmente en la Nueva España como la «Maldita Ley», y la actuación de su recaudador, el virrey Iturrigaray, hombre codicioso y corrupto, estaba provocando el empobrecimiento generalizado de la sociedad novohispana, propiciando en ella una animadversión y un desamor hacia la Corona jamás sentido.

Para más inri, su llegada casi ha coincidido con la entrada de las tropas francesas en España, que lo han hecho como amigos y aliadas, pero en realidad vienen llenas de pérfidas intenciones maquinadas por un militar sin escrúpulos llamado Napoleón.

Unos extraños ruidos que le llegan desde el exterior le hacen abrir la puerta del balcón. La noche, plagada de hermosos sucesos y trombas de agua, ya se ha desvanecido, dando paso a un sol radiante que se levanta como arrogante prólogo de un día que parece va a ser maravilloso.

Francisco José sale al balcón mirando al cielo de un azul de alegre primavera. De la calle suben voces y mira hacia abajo. Había un movimiento inusitado para ser un lunes cualquiera y tan temprano de aquel 2 de mayo de 1808.

Apoyó los brazos sobre la barandilla de hierro aún mojada, observando cómo la gente iba formando corros que terminaban por deshacerse bajo la presión que se hacían los unos contra los otros.

Pasados unos momentos, y a pesar de los gritos que se escuchaban, Francisco José quedó aislado en sus recuerdos, retrocediendo hasta aquella mañana de principios de abril en la sierra madrileña. Estaba casi recién llegado de la Nueva España e iba a ser la primera vez que la viera.

—Mira, Francisco José, quiero presentarte a María —oyó que decía una voz a su espalda.

Se giró y sus miradas tropezaron, quedándose fijas la una en la otra. Era una cara preciosa con una sonrisa que parecía un adorable milagro. Sus ojos, clavados en los suyos, lo envolvían y lo aislaban de todo cuanto lo rodeaba. «¡Válgame el cielo —pensó—, cuánta hermosura!».

—Un placer —consiguió casi más que hablar balbucir, al tiempo que sus manos permanecían unidas más tiempo de lo que aconsejaba la cortesía.

Ella de repente se sonrojó al darse cuenta y, tratando de pronunciar unas palabras que apenas consiguió, se marchó presa de un inesperado nerviosismo.

Él la miró como se alejaba, al tiempo que sentía como un aire fino y limpio, lleno de olores, refrescaba su rostro.

Aquellas sensaciones también las sentía ahora. De los recuerdos se apoderó de todos el más reciente, el de la pasada noche. Fue el momento en que los sentimientos y las caricias se mezclaron con unas gotas de lluvia que, en complicidad con la oscuridad, hicieron que unos labios acabaran sobre otros labios, provocando una grávida de sentimientos que terminaron en una arrebatadora explosión que de repente se vio apaciguada por el sonido de una voz que, gritando con suavidad, anunciaba:

—¡Ave María Purísima! ¡Las once y media y... lloviendo!

Los dos rieron.

—Nunca olvidaré esta hora —susurró Francisco José abrazando su cintura, al tiempo que, tomando su mano y cerrándola con la suya, apoyaba sus labios sobre su oreja, repitiendo en susurro: —Las once y media y... queriéndote —para continuar, cambiando el tono por uno más solemne—. ¡Que mi alma no merezca el cielo si no hago de ti la más feliz de las mujeres! ¡Vente! Vente conmigo a la Nueva España —continuó en su ardor—. Allí te haré vivir en un castillo hecho de dicha y de felicidad. ¡No! No digas nada —mandó con suavidad al ver que ella quería hablar al tiempo que, poniendo los dedos sobre su boca y dibujar lentamente el contorno de sus labios, continuaba con su dulce mando—, piensa nada más, y déjame adivinar tus pensamientos... Las once y media y... un beso.

Una voz lo rescató de sus recuerdos.

—Buenos días, Francisco José —el saludo sonó suave, como a disculpas—. Perdona si te he sobresaltado.

—¡Oh, no! Qué va —contestó saliendo bruscamente de sus pensamientos—. Hola, Miguel, ¿ya estás de vuelta?

—¡Ya! No te puedes hacer una idea como está Madrid. Mira, fíjate la que se está liando ahí abajo.

—¡Santo Dios! Es increíble. ¿Cómo puede haber tanta gente? —exclamó.

—Parece ser que se está montando gorda —continuó Miguel—. Vengo de la Puerta del Sol y no te puedes imaginar cómo está. Más que aquí. Los franceses están en movimiento, pero los madrileños, ni te cuento. Y lo más curioso es que todo es gente trabajadora, del pueblo, nobles ni uno, y militares aún menos. Esto asusta de verdad. Parece que algo vaya a ocurrir de un momento a otro.

Abajo, a pesar de estar repleta tanto la calle como la plaza, el gentío seguía aumentando. Eran hombres y mujeres de todas las edades, jóvenes, mayores, más mayores y hasta ancianos. Lo más curioso era que nadie los había convocado. No obedecían a ninguna orden. Era como si la injusticia y la traición se les hubieran aparecido anunciándoles que algo estaba a punto de suceder y no podían permitir que ocurriera. Y entonces, todos a una, impulsados por un arrebato heroico, se mostraban dispuestos, armados con cualquier cosa, a enfrentarse a las pistolas, mosquetes y cañones, a la caballería y a la infantería de un ejército invencible enviado traidoramente a invadir una nación tenida como amiga y aliada.

Era un momento memorable, válido únicamente para decisiones memorables. Aunque este pueblo no estuviera apoyado por ningún ejército ni dirigido por ningún caudillo, era un pueblo capaz de, con su vida, defender lo que le pertenecía.

—¡¿Y para esto son los vales reales?! ¡¿Para esto es la puta y maldita Ley de Consolidación?! ¡¿Para pagar a Napoleón y sus gabachos?! —gritó fuera de sí Francisco José.

—Para esto —corroboró Miguel—, para esto. ¡Maldito Godoy y maldito rey Carlos!

Los acontecimientos seguían desarrollándose a un ritmo de vértigo. Alguien entró gritando:

—¡¡Todos!! ¡Se han ido todos!

—Tranquilízate, Pablo. ¡¿Quiénes se han ido?! —preguntaron alarmados.

—¡Los infantes! Los malditos gabachos se han llevado a los infantes. ¡Estamos solos! No tenemos rey, no tenemos Gobierno. Solo tenemos a esos cuatro viejos de la Junta que lo único que

han hecho ha sido obligar a nuestros militares a ser amigos de los franceses. Para lo que valen, bien podrían habérselos llevado también —continuó casi jadeando—. No tenemos a nadie que nos defienda.

—¿Estás seguro de lo que dices? —inquirió Miguel.

—Tan seguro como me he de morir, yo y todos vosotros. Los franceses están en la calle. Ellos y los moros que llevan, a los que llaman mamelucos. Van en sus caballos cortando cabezas y destrozando con sus sables curvados a todos los que se atreven a ponerse por delante. Pero están equivocados si creen que vamos a quedarnos quietos o a escondernos; muy equivocados. Es preferible morir matando. No tenemos pistolas, pero sí navajas, cuchillos, palos... y lo que sea. En casa encontraremos cualquier cosa que sirva para luchar contra esos malditos.

—Válgame el cielo cómo estáis. ¡No podéis hacer eso!

—¡Eso es lo que creen ellos! Pero, por la Santísima Virgen, que están equivocados. Nos hemos aguantado toda la rabia y hasta aquí. Ahora toca matar gabachos.

El griterío de la calle era ensordecedor, la gente se movía como olas humanas y de repente, sobre todo el ruido sonó el nítido trueno de un cañón. Fue como una señal, todos a la vez parecieron volverse locos. En las calles aparecieron unos caballos. Visto y no visto, sus jinetes fueron arrancados de sus monturas, desapareciendo entre gritos de rabia y dolor. El infierno se había desatado.

—¡Santo Dios! ¡¡María!! —exclamó Francisco José—. Tengo que ir con ella.

—¿Qué dices?! ¿Estás loco? ¿Cómo vas a salir estando las calles como están? —dijo Miguel alarmado.

—Lo siento, Miguel. Tengo que estar con ella —cortó Francisco José sentencioso.

—No sabes lo que dices. Mira, ven a ver esto.

—Si lo que me vas a mostrar me va a impedir ir a buscarla, prefiero no verlo —dijo de forma precipitada marchándose.

—Voy contigo —le apoyó el tal Pablo saliendo tras él—. Apenas conoces esto y me puedes necesitar.

Salieron del portal mirando a un lado y a otro. La calle era un hervidero heterogéneo de gente con una misma expresión en todos sus rostros, la rabia contenida ahora desatada, que marcaba sus gestos haciéndoles proferir gritos amenazadores al tiempo que blandían los más inimaginables objetos como si se tratara de la más terrorífica de las armas.

—Es increíble —exclamó Francisco José—. Los militares encerrados en sus cuarteles y este gentío pretendiendo luchar contra el ejército más poderoso del mundo, ¡y sin armas! Verdaderamente, se han vuelto locos.

—¡Sí, de acuerdo, sin armas, pero con honra! —razonó Pablo—. ¿Cómo podríamos vivir bajo la opresión de los franchutes? Reventaríamos. Anda, vamos, tenemos que ir por calles menos importantes, no habrá tanta gente y podremos ir más rápido.

Doblaron la esquina. La calle era mucho más estrecha y, salvo algunos jóvenes que venían corriendo y gritando «¡A por ellos! ¡Vamos a matar gabachos!», no venía nadie más.

Continuaron así por intrincados callejones hasta que llegaron a uno donde en su fondo, en el cruce, se veía correr a la gente, escuchándose todo tipo de ruidos y de gritos.

—Aquí nos separamos. La lucha me espera y tal vez la muerte. A ti, sin embargo, una hermosa mujer. Suerte —dijo Pablo abrazándolo para, a continuación, gritando «¡A por ellos! ¡Muerte a los gabachos!», meterse dentro de aquel torrente humano.

Francisco José quedó parado en la esquina. Los arcabuzazos empezaron a sonar, la gente corría en todos los sentidos. Tres de a caballo aparecieron dando sablazos a diestro y siniestro, haciendo en pocos momentos una carnicería. Uno de los jinetes, blandiendo el sable, arremetió en persecución de los que corrían. De repente, algunos de los que huían se revolvieron lanzándose sobre él, reventando a navajazos al pobre caballo, que cayó entre pataleos y lastimosos relinchos mientras que el jinete, indefenso, quedaba

en el suelo mirando despavorido aquella gente que, con inusitada rabia, comenzaba a clavar, una y otra vez, las navajas en su cuerpo.

Francisco José, insensible, comenzó a correr por la acera resbaladiza y pegajosa de tanta sangre. Alguien delante de él se apoyó titubeante en la pared, se deslizó y quedó sentado en el suelo. Francisco José se inclinó para ayudarlo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó al tiempo que separaba sus ropas y las manos se le llenaban de la sangre que manaba del vientre del anciano—. ¡Dios mío, es usted! Don Rosendo... ¿Cómo ha sido? ¿Qué le ha ocurrido?

—Ay, hijo mío, un mal francés —consiguió hablar entre tos y tos—. Busca a mi hija. Por favor, búscala. Está sola. Prométeme que cuidarás de ella. Promételo —le insistió asiéndolo por la solapa—. Ve a buscarla.

—Pero... ¿cómo voy a dejarlo así?

—Yo ya me voy —dijo entre otro golpe de tos—. Búscala y cuídala. Prométemelo, hijo... —pareció quedar callado esperando la respuesta.

—¡Se lo prometo! —le respondió solemne y bajito, aunque él ya no lo escuchaba.

—¡Es el doctor! —exclamaron a su espalda.

—¡Sí! Es el doctor —respondió Francisco José—. Ayúdenme a meterlo en el portal y atiéndanlo, por favor. Tengo que ir en busca de su hija.

—¡Doctor, doctor! No se mueve... ¡Está muerto! —oyó que decían mientras se alejaba.

Siguió corriendo hasta llegar a la altura donde vivía María. Detuvo su carrera. Debía tranquilizarse y aparentar una actitud normal. Dos soldados, fusil y bayoneta calada, vigilaban como montando guardia ante la puerta. Pasados unos momentos, se dirigió hacia ellos con paso decidido.

—*Bonjours monsieurs. Je suis pas armé, et je viens chercher ma femme* —dijo alzando los brazos con una pronunciación que dejaba mucho que desear, pero entendible.

—*¿Qu'est ce que vous dites? Manuel, viens voir ce qu'il veut cet homme* —le dijo a su compañero—. *Je en le comprend pas bien.*

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó el otro soldado, que era español.

—Vivo aquí y vengo a buscar a mi mujer. Su padre está muy enfermo —dijo Francisco José.

—Adelante —autorizó el soldado después de cachearle y franquearle la entrada.

—Gracias —dijo al entrar en el portal.

—¡Ah, oye!

Francisco José se volvió para saber qué quería.

—Llévate cuidado —continuó el soldado en tono confidencial—. Por ahí dentro hay dos cabronazos gabachos persiguiendo a un desgraciado que ha entrado herido. Cuidado —terminó con un guiño para enseguida volverse a su compañero y gritarle en una mezcla de español-francés tranquilizador e imposible de entender, «viene a buscar a su mujer», al tiempo que Francisco José se adentraba en el portal.

María se disponía a salir a la calle. Tomó el mantón, se lo echó sobre los hombros y ya se dirigía hacia la puerta cuando, de repente, unos golpes sonaron bruscamente dejándola inmóvil y asustada.

Nuevamente se repitieron los golpes. Esta vez más fuerte, como si golpearan con algo pesado.

—*Ouvrez la porte* —gritó una voz contundente en un intranquilizador francés.

María continuaba paralizada, incapaz de reaccionar.

—*Ouvrez la porte de une foi, putain de Dieu* —se escuchó de nuevo la orden, ahora más enérgica y autoritaria.

María trató de serenarse mientras llegaba a la puerta y la abría. Reculó instintivamente, casi trastabillando ante la visión que le ofrecía la figura del soldado francés enmarcada en el hueco de la puerta. La fiereza de su rostro y el largo mosquete con la bayoneta calada cruzándole el pecho no era para menos.

—Holá ¿*Qu'est ce que nous avons ici? Une jolie mademoiselle* —dijo el soldado adentrándose en la casa, mientras ella retrocedía visiblemente asustada.

—Por favor..., por favor, no me haga daño. Yo no he hecho nada —rogaba con temblorosa voz.

—*Viens ici ma petite, on va s'amuser. Je vais te faire connaitre le plaisir* —decía mientras apoyaba el fusil en la pared y, tomándola en sus brazos, la atraía hacia él abrazándola.

En el forcejeo, ya habían entrado en el dormitorio, ella consiguió liberarse una mano, con la que arañó profundamente el rostro del francés haciéndolo sangrar.

—*Putain d'espagnole* —exclamó golpeándola y haciéndola caer sobre la cama cuan larga era—. *Je vais te faire...* —dijo yendo hacia ella, girándose de repente al oír un ruido a su espalda al tiempo que sentía que algo se le clavaba profundamente en su estómago.

Atónito, contempló la bayoneta hincada en su vientre, y levantando la cabeza, miró asombrado al hombre que sujetaba firmemente su propio fusil.

Francisco José extrajo violentamente la bayoneta, volviéndosela a clavar de nuevo diciendo:

—¡Toma, hijo de la gran chingada! —al tiempo que la soltaba sin mirar al francés que caía al suelo convulsionándose con los estertores de la muerte.

—¡María! —dijo yendo hacia ella.

—¡Francisco José! —exclamó abrazándose a él con desesperación.

—Cariño, tenemos que irnos —su voz era angustiada—. No podemos perder tiempo, si lo hacemos estamos muertos. Vamos, cierra la puerta y sígueme —dijo bajando las escaleras—. No hables ni digas nada —susurró.

Delante de ellos, un soldado bajaba sujetando a un hombre que apenas podía mantenerse en pie.

—Es el segundo soldado —musitó Francisco José—. Cuidado.

Los alcanzaron al llegar a la puerta de la calle, quedando detrás, esperando que salieran. El prisionero cojebaba ostensible-

mente y estaba cubierto de sangre. Indiferente, el soldado casi lo arrastraba.

—No te pares, María, sigue, a la izquierda —susurraba, para después, elevando la voz y a guisa de saludo, decir al soldado español—. Gracias. La encontré.

—Que todo vaya bien y que no sea nada —le respondió, al tiempo que al ver como el soldado francés lo miraba, continuó—. Ya ha encontrado a su mujer, *il a trouve sa femme* —terminó indiferente.

—Vamos, deprisa —apresuró Francisco José, llevándola casi en volandas.

—¡Mi padre! —exclamó María—. Tenemos que encontrar a mi padre. Vinieron a buscarle porque alguien estaba enfermo, pero de esto hace mucho tiempo. Me disponía a salir en su busca cuando tú llegaste.

—María, tienes que ser fuerte. Tu padre está gravemente herido.

—¡No... no! ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Acaso lo has visto? —preguntó ansiosa.

—Sí, lo he visto. Tropecé con él —dijo visiblemente turbado.

—¿Lo viste? ¿Tropezaste con él... y lo dejaste solo? —dijo sorprendida en un tono recriminatorio.

—¡No...! No lo dejé solo, lo dejé con alguien que parecía conocerlo bien. Él me pidió, me rogó que lo dejara y que fuera a buscarte. Ni te imaginas lo ansioso y preocupado que estaba. No tuve más remedio que hacerle caso, y ya viste que tenía toda la razón en estar tan alarmado.

—Pobre papá. ¿Y dónde estaba? ¿Dónde lo dejaste? —preguntó de forma atropellada, azorada por la angustia.

—Vamos hacia allí. Ya estamos cerca.

Continuaron corriendo hasta que Francisco José exclamó:

—¡Aquí es! —dijo al tiempo que se detenía—. Pero la puerta está cerrada, antes no lo estaba.

—Conozco esta casa —dijo María esperanzada—. Sé quién vive aquí. Llamemos.

Lo hicieron, pero nadie respondió. Iban a insistir de nuevo cuando un ruido los paralizó. ¿Tambores?... ¿Cornetas? Se giraron hacia el final de la empinada calle.

—¡Dios mío! —exclamaron sin apenas voz.

La calle estaba llena en toda su anchura por la artillería, caballería, infantería; ahí estaba el glorioso e invicto ejército de Napoleón avanzando triunfalmente al redoble de tambores y sonidos de trompetas, con las águilas imperiales desplegadas, marchando sobre aquellos infelices madrileños que habían tenido la osadía de retarlos con algunas escopetas de caza, enseres caseros y, sobre todo, ¡oh, sí!, sobre todo con navajas, esas navajas tan enormes que hacían ese terrible ruido al ser abiertas. «¡Osado pueblo de Madrid, ¿cómo te has atrevido?!», parecían decir los ejércitos que venían sobrecogedoramente bien formados como una perfecta máquina de matar y una única táctica: el uso de la fusilería, de la artillería, para después lanzar los caballos montados con sus afamados mamelucos cayendo a sablazos sobre aquel gentío que, indefenso, huía o trataba de huir en todas direcciones sin conseguirlo, hasta que, una vez se daban cuenta que no tenían escapatoria posible, revolverse como posesos atacando a caballos y jinetes a navajazos, a puñetazos, convirtiéndose todo en un gigantesco torbellino de fuego y muerte, haciendo parecer al suelo insuficiente para acoger a tantos cuerpos que caían sobre él.

—Tenemos que irnos, María. No podemos quedarnos aquí —dijo Francisco José con voz apremiante—. Ya volveremos cuando esté todo más calmado.

Retomaron su huida metiéndose por los callejones que parecían más aconsejables para escapar buscando las calles más apartadas. Unas veces andaban rápido, para en otras, no creyendo el callejón seguro, retroceder y volver a avanzar. Así, hasta que llegaron a una zona que parecía estar más tranquila. Entonces, pararon a descansar en un lugar que creyeron seguro.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó abrazándola.

—Cansada. Cansada y asustada —respondió arrimándose más a él buscando refugio—. Qué horror, Dios mío, cuántas formas de morir.

—No pienses más, cariño. Descansa —le dijo estrechando el abrazo.

—Tenemos que ir a buscar a mi padre —rogó por lo bajo dejándose abrazar.

Los dos se abandonaron en un confuso descanso, vencidos por unos acontecimientos desarrollados tan rápido que habían tenido tiempo de contemplar cómo llegaba la muerte y cuán fácil era perder la vida.

De repente, Francisco José abrió los ojos quedando inmóvil.

—¿Oyes? —quedó por unos instantes callado, para después continuar—. No se oye nada. Ya no se escuchan ruidos ni gritos —terminó diciendo mientras se incorporaba.

—Es cierto —dijo ella con un tono de incredulidad en la voz—. Ni tan siquiera los cañonazos se escuchan. Todo está callado.

Madrid estaba en silencio. A medida que han ido pasando las horas, el ejército francés ha ido creciendo, mientras que los madrileños han ido muriendo.

Llegado el principio de la tarde, los combates se han ido acabando. Las tropas imperiales controlaban plazas y calles. Ya no había ruidos. Ya no quedaba nadie en los balcones. Las gentes, que nunca habían visto una guerra ni oído hablar a un cañón, habían desaparecido.

Madrid se ha ido callando y ya está en paz. Ya no queda nadie a quien matar. Bueno, sí, pero eso será luego, cuando llegue la noche.

—Vamos, María. Tenemos que llegar a casa caminando con cuidado —apremió Francisco José poniéndose en movimiento.

—¿Quieres decir que lo del Parque de Artillería se ha producido por la rebelión de unos militares?

—Como lo oyes, Miguel —aclaró Pablo—. Según parece, fueron dos oficiales, creo que capitanes, los que se negaron a cum-

plir las órdenes del Alto Mando de permanecer encerrados en sus acuartelamientos sin socorrer a la multitud que desde la calle estaba pidiendo entrar. No pudiendo ni queriendo aguantar más, salieron fuera en compañía de diez o doce suboficiales y soldados y abrieron las puertas. ¡Y ahí empezó todo! Entramos como locos gritando de alegría y abrazando a los militares. Ellos nos sonreían y nos devolvían los abrazos. Al rato teníamos por fin algunas armas y comenzó el enfrentamiento, la lucha, los cañonazos. ¡Oh, Miguel! Fue grandioso, grandioso dentro del horror que se desencadenó. Hay que haber estado allí para sentirlo, pues por más que me esfuerce, por más que me empeñe, mi relato no puede describir lo que allí pasó. Tus sentimientos, tus sentidos, ya no eran tuyos. Hombres, mujeres, estudiantes, padres e hijos peleando juntos. Había montones de cadáveres por todas partes y trepábamos sobre ellos luchando, cayendo entre gritos y alaridos, las carnes abiertas viéndose los huesos, oyéndose los crujidos al romperse.

»Estábamos matando y muriendo con la desesperación y el coraje enloquecidos por la carnicería y el olor de la muerte. Justo a mi lado vi caer a uno de los dos capitanes. Cayó fulminado por un disparo. Ni se movió cuando llegó al suelo. Al frente no se veía nada más que fogonazos. Los gabachos empezaron a entrar por todas partes y nosotros a retroceder sin dar la espalda. Nos dimos cuenta de que había llegado el momento de intentar marcharse. Todo estaba...

Unos golpes sonaron en la puerta interrumpiendo el relato.

—Vamos, escóndete mientras voy a ver quién es —conminó Miguel.

—¡Francisco José! ¡María! —exclamó al abrirla—. Estáis vivos.

—Hola, Miguel —dijo con tono resignado apartándole para poder entrar—. Ha sido un día muy largo, y María tiene necesidad de asearse y descansar.

—Sí, claro que sí. Pasa a esta habitación, aquí estarás cómoda.

—Gracias, Miguel. Verdaderamente, estoy muy cansada.

—¿Y tú? —apuntó a Francisco José.

—Yo también quiero cambiarme y hablar contigo —le respondió dirigiéndose a su habitación—. Nos vemos después.

—De acuerdo, que descanséis bien —les deseó Miguel, que se encaró después con Pablo:

—Vaya, dentro de lo que cabe, ha sido un día de suerte.

Horas más tarde, ya descansados, Francisco José y María conversaban:

—¿Cómo que te lo tienes que pensar? No tienes que pensar nada. No puedes quedarte aquí, ¿no ves que esto se ha transformado en un infierno? —decía incrédulo él.

—Sí, es verdad, pero es un infierno que conozco. ¿Y a quién conozco yo allí?

—¿Que a quién conoces tú allí?! A mí. Me conoces a mí, el hombre que te quiere.

—Pero Francisco José, si hace un mes no sabíamos nada el uno del otro, ni tan siquiera que existíamos.

—Cariño, no nos conocíamos, pero nos estábamos buscando sin saberlo. ¿No recuerdas la primera vez que nos vimos? ¿Acaso fue un encuentro entre dos desconocidos? María, ¿no entiendes que una vez nos hemos encontrado ya no nos podemos separar?

—¡Oh, mi amor! —dijo ella abrazándolo—. Yo siento lo mismo que tú. No es nuestro amor lo que produce mis dudas, es que mi vida está aquí, en España.

—Tu vida está donde haya vida y esté yo para cuidarla. Además, aquello también es España. He hablado con Miguel y ya ha terminado con todos los asuntos que le trajeron aquí. Os marcharéis en el primer barco que salga hacia Veracruz; yo os seguiré en pocos días.

—¿Cómo...?! ¡¿No vendrás tú?! ¿Por qué no nos esperamos y nos vamos juntos?

—Porque no quiero que estés en Madrid ni un día más. Partiréis enseguida y me esperarás en Orizaba, te encantará esa ciudad. Y después nos iremos los tres a Guanajuato.

—¡Guanajuato! Me gusta ese nombre —dijo en un tono evocador arrebuñándose contra él—. ¿Y mi padre? ¿Qué habrá sido de mi padre? —recordó alarmada de repente.

—María, tu padre estaba muy grave. Quedó inconsciente por el esfuerzo que hizo para obligarme a marchar en tu busca. Pero quedó con buena gente —repitió de nuevo.

—Lo sé. Con buena gente y amiga. En esa casa que me indicaste vive don Jacinto, un íntimo amigo de mi padre. Mañana, lo primero que haremos será ir a buscarlo.

Fuera, la tarde moría, al tiempo que un aire lleno de dolor y muerte iba barriando lo que quedaba de un día cargado de fechorías, atrocidades y crímenes, para ir convirtiéndose en una fría noche.

Una lluvia repentina empezó a salpicar a unos grupos de hombres que, sujetos con cuerdas y conducidos por soldados, caminaban de forma cansina y resignada, para, poco después, iluminar la noche con un ligero resplandor seguido de una estruendosa y seca detonación. Después de los quejidos de dolor, el silencio volvía a dejar Madrid en paz, una paz cargada de sosiego y descanso para un ejército cansado de matar; para un mariscal henchido y satisfecho de tanto asesinato y, sobre todo, para un emperador invencible, feliz en el orgasmo de dolor y sangre que había provocado en todo un pueblo considerado amigo.

Todos descansaban. Todos menos algunos soldados que, cumpliendo órdenes, continuaban con los fusilamientos que acunaban e iluminaban la noche de un Madrid en paz.

Pocos meses después, el glorioso ejército francés con sus águilas imperiales desplegadas y al compás del redoblar de tambores y sonidos de trompetas caía derrotado en los campos de Andalucía por el ejército español, dejando de ser invencible ante la sorpresa de la boquiabierta Europa.

Más tiempo después, en Italia, el valiente y orgulloso mariscal Murat, el que ordenara los fusilamientos del 2 de mayo en Ma-

drid, suplicaba llorando que no lo mataran antes de morir fusilado.

Aún más tiempo después, Napoleón, el invencible emperador, se lamentaba en su destierro mascullando su derrota: «Mi gran error fue faltar a mi palabra con España. Me equivoqué con los españoles».

Capítulo II

Guanajuato (Nueva España)

Cuatro meses antes

La mañana era fresca y temprana. Un sol nítido y brillante iluminaba los cerros en aquel inicio de enero. Dos jinetes detuvieron sus monturas.

—Hacía tiempo que no pasaba por aquí —dijo pensativo el mayor de ellos—. Ven, quiero mostrarte algo —reaccionó desviándose por un sendero pedregoso que llegaba hasta encumbrarse en lo más alto de la sierra.

Llegados arriba, se detuvieron admirando la hermosa panorámica de la ciudad de Guanajuato. Tras unos instantes de reconfortante contemplación, continuó anunciando:

—¡Ahí la tienes, esplendente! La nueva alhóndiga que llaman de Granaditas, la actual atracción de Guanajuato —dijo con la boca llena de satisfacción—. El intendente se lo propuso y el intendente lo ha conseguido. Es un gran tipo ese Riaño —continuó con su monólogo tras unos instantes de silencio—. Ahora debe de estar allí dentro, como cada dos de enero.

—¿Qué ocurre el dos de enero? —preguntó curioso el más joven.

—Es el aniversario de cuando comenzaron las obras —quedó pensativo para acabar profetizando—. Cuando esa alhóndiga esté

acabada, cambiará la historia de Guanajuato. ¡Vamos, Gabriel! —dijo de repente girando su montura e iniciando el descenso—. Me han entrado ganas de ir a saludarle.

—¿Por qué dice que cambiará la historia de Guanajuato cuando la nueva alhóndiga esté acabada, señor cura? —preguntó el joven al ponerse a su altura.

—¿Por qué? Por lo que significa esa oficina. Se acabará el hambre y la escasez, pues habrá suficiente maíz y fríjoles para todo Guanajuato y sus alrededores. Sus precios serán más asequibles y justos que lo son ahora, siendo su almacenaje más sano y perdurable, evitando muchas de las enfermedades e infecciones que se padecen por su insano almacenamiento actual. Y también, cómo no, se acabarán las interminables recuas de mulas cargadas con sacos de maíz y de harina atravesando la población y provocando los terribles atascos en el centro de la ciudad. ¿No te parecen argumentos suficientes para cambiar la historia de Guanajuato y sus 80.000 habitantes? —terminó preguntando.

—Me parecen —le respondió el joven risueñamente convencido.

Don Juan Antonio Riaño y Bárcenas era un peninsular nacido en Liérganes, Santander, en la lejana tierra de España. De temperamento melancólico y apacible, era un gran amante de la lectura, arquitectura y la cultura en general.

Hijo de familia noble, pronto se puso al servicio del rey como guardiamarina para ser designado alférez de fragata a los 18 años, después teniente de fragata, para, finalmente, tener el grado de teniente de navío con tan solo 24 años.

Ya en América, se casó a los 27 años en Nueva Orleans y tres años más tarde se graduó con el cargo de teniente coronel de Infantería, siendo de inmediato nombrado intendente corregidor de la ciudad de Valladolid en Michoacán, para, en 1791, ser nombrado intendente corregidor de Guanajuato y provincia. Poco después también sería nombrado caballero de la Orden de Calatrava.

Este era a grandes rasgos el historial del hombre que, apoyando los brazos de forma indolente sobre el barandal con balaustres de piedra de cantera rosa, contemplaba desde el corredor de la parte superior lo que consideraba su obra favorita, la Alhóndiga de Granaditas.

Los sonidos de unas voces resonaron en el silencio. Riaño, curioso, bajó la vista, viendo a unos recién llegados hablando con el fiel de la alhóndiga.

—¡Buenos días les dé Dios, señor cura! —saludó en tono afectivo desde lo alto.

—¡Que a usted le guarde y proteja, señor intendente! —respondió levantando su mirada— ¿Me dais permiso para subir a saludaros? —prosiguió en tono amistoso.

—¡Vos sabéis que lo tenéis! —contestó haciendo un gesto de invitación con la mano, aunque ya el cura había empezado a recorrer el espacioso patio empedrado de piedra bola.

—¿Qué os trae por aquí, señor Hidalgo? —preguntó desde arriba de la espaciosa escalera mientras esperaba a que este terminara de subir.

—Disculpadme que no os bese la mano —dijo sonriente cuando llegó a su altura.

—Os disculpo gratamente —respondió con una sonrisa divertida y fatigada—. Sabéis que el que me besen la mano no forma parte de mis muchos placeres.

En su saludo se apreciaba la agradable amistad que entre ellos existía. Después, una vez acabada la efusividad, Hidalgo exclamó con sincera admiración:

—¡Realmente grandiosa! Los adjetivos no son fáciles de encontrar —añadió mientras recorría con la mirada patio, arcos y paredes—. Y esto, así, de piedra —refiriéndose al barandal sobre el que empezaba a apoyarse— y no de hierro, como querían algunos que se hiciera.

—Agradezco sus halagos —dijo el intendente—, porque sé del valor de su opinión. Y dicho esto, os pregunto de nuevo: ¿a qué se

debe el motivo de veros? Más que nada, para estar agradecido a la razón que me ha proporcionado el placer de vuestra visita, lo cual hacía tiempo que no ocurría —terminó con una sonrisa.

—Podéis agradeceréoslo a vos mismo, ya que la razón se debe a disfrutar de vuestra compañía. Conocéis sobradamente mi aprecio por vos —concluyó devolviéndole la sonrisa.

—Que vos sabéis es recíproco —contribuyó en aquel toma y daca florido—. Pero me imagino que a alguna causa se deberá, por muy insignificante que esta sea.

—Y así es. Estaba contemplando desde lo alto del cerro esta magnífica obra en compañía de Gabriel cuando comenté distraído: «Como todos los años, el día 2 de enero el señor intendente debe de estar allí» y de repente me entraron deseos de venir a saludaros. Así de simple.

—Pues sí, aquí estoy como todos los años, y hoy hacen diez. Antes que llegarais estaba contemplando todo esto, al tiempo que recordaba su principio, es decir, desde el primer momento en que el Ayuntamiento tuvo la feliz idea de exponerme la necesidad de construir una nueva alhóndiga. A partir de ese instante, la idea fue para mí casi una obsesión. Pensaba en los beneficios que significaba no solamente para la ciudad de Guanajuato, sino para toda la intendencia. ¿Os imagináis si hubiera existido este edificio en los años del hambre de 1785 y 86, las muertes que se habrían evitado?

—¡Y las hambres! —abundó el cura.

—¡Y las hambres! —confirmó el intendente—. Tampoco se hubiera producido la avaricia de aquellos comerciantes que, disponiendo de granos y sabiendo su escasez, los vendieron a unos precios que no estaban al alcance del pueblo.

»Señor cura —continuó después de darse un respiro—, este edificio va a solucionar, y de hecho ya lo está haciendo, muchos problemas a la gente y a evitarles graves enfermedades. ¿Recordáis las condiciones de conservación en que estaban los granos en la vieja alhóndiga? Llovía, crecía el río, los trojes se inundaban, los granos se ponían en mal estado, y la gente, a enfermar. Sí, fue una

gran idea en la que mucho tuvo que ver el síndico Pedro González —terminó con la satisfacción dibujada en el rostro.

—Y a la que vos ayudasteis —apuntó Hidalgo.

—Sí, ya. Y al virrey Branciforte que la aprobó... y a tantos otros —añadió pretendiendo minimizar su persona.

—Sí, el virrey Branciforte, al que espero que Dios no acoja en su divina gloria, para que siga siendo tal.

—Señor Hidalgo —corrigió el intendente—, recordad lo que sois y ante quién estáis.

—Vos me conocéis —trató de justificarse en tono conciliador— y sabéis que hay cosas que, aunque las diga, soy incapaz de sentirlas... por mucho que las desee. Y os digo más —continuó, ahora casi envalentonado—, digáis lo que digáis, por mucho que queráis repartir la gloria, todo Guanajuato sabe que, sin vuestro dinamismo y entrega, esta alhóndiga no se hubiera construido.

—No exageréis —replicó Riaño restándose nuevamente importancia, pero visiblemente halagado—. No solamente he sido yo...

—Pero casi —le interrumpió el cura—. ¿Recordáis la agudeza de las censuras del regidor Alamán, aquel que no quiso encargarse de la dirección de la construcción alegando su quebrantada salud? Ahora, con las obras casi terminadas, las critica por el demasiado lujo de su arquitectura y ornatos, diciendo que lo que está construyendo el señor Riaño es un palacio para guardar el maíz. Y la verdad, bien mirado, casi lo parece —terminaron riéndose los dos.

—Puestos a agradecer —prosiguió Riaño en el capítulo de alabanzas—, también lo tenemos que hacer al virrey Iturrigaray por aprobar el aumento del presupuesto para poder acabarla.

—Otro personaje. Otro virrey para la corte divina —dijo sarcónicamente Hidalgo—. Aunque yo creo que, más que al virrey, hay que agradecerse al arquitecto don Manuel Tolsá, por cierto, valenciano como Miguel. Su dictamen sí que fue definitivo al recomendar, además, que todo se debía de realizar tal y conforme estaba previsto, ya que no veía en ello nada de lujo ni superfluo. O sea, señor Riaño, que alabó su buen gusto por la arquitectura,

así como su elección por la piedra de los cerros de la Bufa para la cantería.

—Así es, señor Hidalgo. Y ahora vamos a acabarla para la felicidad de todos.

—Ahí le dimos —dijo casi riendo el cura.

—Le veo contento y hasta dicharachero —opinó Riaño—. ¿Le puedo preguntar de dónde viene? ¿De alguna jarana?

—Lo ha preguntado y contestado acertadamente. Vengo de una de esas fiestas en las que hacía tiempo no estaba. Y a fe mía que lo necesitaba.

—¿Hubo de todo? —preguntó con complicidad.

—¡Lo hubo! No como debiera, pero sí, lo hubo —se implicó en la respuesta—. Después de una buena corrida de toros, se formó un poco de sarao con una pequeña orquesta y un agradable baile. Estuvo todo tan bien que me sentí como en mis mejores tiempos, el bufón de la parranda.

—¿Mujeres? —el tono era inequívoco.

Hidalgo adoptó una postura y un tono graciosamente solemne para decir:

—Soy un amante de Dios y de su creación, y para mí, la mujer es su obra más perfecta. ¿Cómo voy a renegar de ella? Él no nos la ha prohibido, ha sido el hombre quien lo ha hecho. Y a saber qué inclinación sexual tendría aquel que tuvo tan lúcida idea. ¡Ay, las mujeres! —continuó dando un suspiro—. Aún recuerdo la primera vez...

—¿Lo recuerda? —inquirió curioso Riaño.

—Sí, lo recuerdo como si fuera ayer —confirmó adoptando una pose pensativa—. Era una mujer hermosa, un poco mayor, pero hermosa. Yo era muy joven, casi un niño. Me prendió de las manos, me besó en los labios y, después, me ganó definitivamente para la causa. Si encuentras algo bueno en este mundo, siempre hay una mujer para superarlo— su tono evocaba añoranza.

—¿Seguís pensando así? —preguntó Riaño entre curioso y sonriente.

—¿Y qué voy a hacer? —respondió dibujando una sonrisa en sus labios al tiempo que arqueaba las cejas. —Hasta ahora no he tenido suerte con ellas, todavía no he encontrado una mujer que sea capaz de hacerme olvidar a las demás.

—Sí que es mala suerte —dijo socarrón Riaño para, tras un instante de silencio, continuar—. Siempre he tenido una curiosidad sobre vos, y no sé si es llegado el momento de preguntároslo —terminó con un tono interrogante, esperando la invitación.

—¡Probad! —le incitó sonriente.

—¿Sabéis realmente cuántos hijos tenéis? —lanzó.

—¡Intendente! —empezó en un tono solemne—. Aunque no os lo creáis, yo también he sentido esa curiosidad algunas veces, y siempre, como ahora, la respuesta la he dejado para mejor ocasión —terminó enmarcando las cejas y agrandando los ojos.

Riaño sonrió, momento que aprovechó Hidalgo para preguntar curioso:

—¿Y vos, intendente, echáis de menos España?

Riaño viajó un momento por los recuerdos, para después, con una inflexión de añoranza en la voz, responder:

—Cómo no la voy a echar de menos si hace más de veinte años que no he vuelto a estar en ella —su rostro reflejaba la remembranza de sus pensamientos y una exclamación evocadora lo confirmó—. ¡España! El norte es maravilloso, y Santander aún más. Aunque debo deciros que la Nueva España no se queda atrás.

—¿Pensáis volver? —inquirió.

—Sí —respondió sin titubear—. Lo estoy deseando.

—¿Para quedaros? —su curiosidad iba en aumento.

—Eso sí que no lo sé. En Guanajuato soy feliz y me siento verdaderamente útil. Amo este rincón perdido entre cerros y montañas, teniendo además la sensación que todavía hay mucho por hacer aquí. Cuando llegue el momento, espero que Dios me ayude a decidir.

¿Y vos? —se revolvió para preguntarle al cura—. ¿No tenéis curiosidad por conocerla? Seguro que os gustaría.

—Una vez estuve a punto de ir.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue eso?

—Cuando iba a hacer el doctorado.

—¿Y cómo no fue?

—Por el mismo motivo que no me doctoré.

—¿Por falta de dinero?

—No fue por falta de dinero, en aquellos momentos disponía de unos ahorros, pero...

—¿Pero qué? ¿Se perdieron?

—¡No! Surgieron problemas familiares, y cuando se solucionaron, ya había perdido todo el interés en doctorarme y... el de conocer España.

—¿Y el dinero, también se perdió? —inquirió en un tono guasón.

—Francamente, no recuerdo qué ocurrió con él —respondió con desparpajo.

A Riaño le encantaban las conversaciones con Hidalgo, sobre todo sus respuestas, donde lo importante no era escuchar las palabras que decía, sino saber interpretar las que no decía. Finalizó lanzando una opinión:

—Conocer los lugares de donde uno procede ayuda a la formación de su carácter.

—Visto así, mi solución es hacerme a la idea de que la Nueva España es mi único origen y tema resuelto.

—Ya que os veo tan elocuente y predispuesto a responder a cuestiones sobre vuestra persona, me gustaría haceros otra pregunta. Esta, como todas, inducida por una curiosidad amistosa.

—Satisfagamos esa amistosa curiosidad —su tono era predispuesto—. Adelante, celebros que esté tan interesado en mi persona.

—Es usted digno de ese interés. Y cuanto más lo conozco, más se acrecienta.

Ante la mirada expectante de su interlocutor, se decidió a lanzarla.

—¿Qué le indujo a hacerse sacerdote?

Hidalgo persistió en su silencio. No cabía duda de que el interrogatorio le había sorprendido, pero no molestado. Tras unos instantes de reflexión, comenzó a hablar:

—Sus preguntas no son fáciles de responder. Esta yo me la he hecho más de una vez y, a medida que me voy haciendo mayor, más me la repito.

Hizo un corto silencio y continuó:

—Creo que fue cuando era casi un niño y empecé a confesarme. El cura estaba encerrado en su confesionario sin que pudiera verle. Yo comencé a decirle todo lo que consideraba mis pecados y él me preguntaba cosas sobre ellos, a las que contestaba desde mi ignorancia y mi inocencia. Después, una vez absuelto, pasaba a cumplir mi penitencia y observaba cómo iban las niñas, y las menos niñas, también a confesarse. Todo esto despertó mi curiosidad infantil y empecé a pensar que sería bonito que las jovencitas me confiaran sus pecados, me hablaran de sus pensamientos y me contaran sus debilidades para, una vez conocidas, tratar de influir sobre ellas.

Calló un momento, como si se diera cuenta de la importancia de lo que estaba diciendo, pero de nuevo prosiguió:

—Después fui a Valladolid a estudiar en el Colegio de San Nicolás, y empecé a ver, a entender y a envidiar el nivel de vida en el que vivían aquellos sacerdotes. Eran dueños de la vida de todos, pero no solamente de la terrenal, sino también de la otra, de la divina. Eran los que daban el pasaporte para el cielo o el infierno, es decir, manejaban el poder absoluto. Y para conseguirlo solo tenía que estudiar. Pensé que poniendo simplemente un poco de interés sería suficiente.

»A veces sacaba conclusiones de mi propio ingenio capaces de provocar sorpresa y admiración entre mis profesores. Entonces comprendí definitivamente que me sería muy fácil llegar a ser sacerdote, como así ocurrió, y, además, con honores.

»Me obsesionaba ese poder, pero no esa vocación. Comencé a salir con mujeres todas las veces que podía; también me enamoré del juego de azar, fuera cual fuese. El dinero no me importaba,

bueno, sí me importaba, para pagarme todo aquello que me causaba placer.

»He llegado a cuestionar al propio Dios preguntándole: «¿Por qué me has permitido que sea sacerdote sabiendo de la debilidad de mi carácter, de mi nula resistencia ante cualquier mujer, se hubiese insinuado o no, fuera o no fuese hermosa, y, sobre todo, sabiendo de mi pasión por el juego y la parranda?». Pero nunca me contestó, y en su silencio parecía decirme: «¿Qué me cuestionas si todo lo puse para ti?». Y entonces desistí de lo que en más de una ocasión pensé hacer, la mortificación de la carne como penitencia. Creedme, estoy convencido que hice bien.

»Después he tenido mi castigo, no por lo que hice, que Dios nunca me lo reclamó, sino por los errores que cometí por pasarme de listo. Por culpa de ellos tuve que renunciar y perder el fruto de mis veintisiete años dedicados a la enseñanza, que era lo que más quería, para tener que ocuparme, agradeciéndolo encima, a las minucias de los curatos que me ofrecían, por muy bien pagados que me los pusieran.

—Lo siento, señor Hidalgo —dijo Riaño con voz apesadumbrada—. No era mi intención el ponerlos en esos ánimos.

—No, señor intendente, no sois vos, soy yo el que así me ha puesto.

—Pues ahora que recuerdo, no tengo más remedio que preguntaros sobre...

—¡¿Más preguntas, señor intendente?! Me estáis empezando a inquietar —cortó Hidalgo en un tono como si necesitara recuperar su entereza.

—Quizás esto que tengo que deciros sí lo pueda provocar. Debéis de saber que he recibido la orden de la Junta Subalterna de Valladolid, concretamente del subdelegado de Tajimaroa, de ejecutar embargando vuestra hacienda de Xaripeo y los dos ranchos...

—¡Putá Ley de Consolidación! —cortó Hidalgo. Ahora sí estaba alterado—. Disculpad.

—No hay nada que disculpar, yo pienso como vos sobre esa maldita ley, pero esa no es la cuestión. El asunto está francamente

mal y yo no puedo dilatar por más tiempo mi acción.

—Sé que estáis haciendo todo lo que buenamente está en vuestra mano. Yo alegué ante la Junta que estaba enfermo —dijo sonrojándose ligeramente— y que en estos momentos estoy preparando un escrito para nombrar al apoderado que me represente en las diligencias.

—Como no os apresuréis, no sé si vais a poder hacerlo. Ya os he dicho que el asunto está en ejecución y no sé cuánto tiempo lo voy a poder retrasar.

—Gracias, intendente —quedó pensativo para continuar—. Esta forma de recaudar es terriblemente injusta. Creo que el único que está de acuerdo con esta ley es el pajolero virrey Iturrigaray. Por la forma que la puso en vigor, seguro que algo le queda para él. A la Nueva España, desde luego, la está llevando a la ruina. Es incomprensible que la Corona no haya reaccionado ante los informes de desacuerdo enviados por el Ayuntamiento de Méjico, por el Tribunal de Minería y, sobre todo, la representación de monseñor Abad y Queipo. ¿Y qué reacción tuvo el virrey ante tan bien fundadas reclamaciones? De vergüenza, pues lo que contestó fue: «Que no debatía ninguno de los argumentos presentados, reprochando la osadía a quienes habían tenido el atrevimiento de opinar cuando nadie les había pedido su parecer».

Quedó en silencio unos instantes, como recargando, para continuar sin dar tiempo a que Riaño abriera la boca:

—Y las consecuencias ahí las tenemos. En lo general, un empobrecimiento de todo el reino, y en lo particular, no tenéis más que ver la situación de la familia Allende, con la muerte del padre...

—No pretendáis comparar el caso de la familia Allende con el vuestro —lo cortó Riaño—. Su deuda era antigua y estaba siendo pagada religiosamente según lo estipulado, y fue la malhadada Ley de Consolidación en su nueva forma la que interrumpió el pago y lo hizo imposible. Caso distinto es el vuestro. Cuando pedisteis el préstamo en el juzgado de Capellanías de Valladolid sabíais las condiciones y no teníais nada más que cumplirlas.

—No estoy pretendiendo comparar una situación con otra, sobre todo, porque no serviría para nada. Solo estoy exponiendo todo el descrédito que está significando esta ley para la Corona, con lo que ha demostrado su ignorancia, incapacidad, y, sobre todo, el desinterés por la situación de esta parte de su reino. Y no digamos nada sobre los indios. ¿Cómo se han atrevido a quitarles el dinero de sus cajas?

—¡Cuidado, cura, cuidado! Enajenar fondos de las cajas de comunidad indígenas es completamente ilegal. Y eso lo sabemos todos. Lo que yo no comprendo es cómo nadie ha hecho nada para defenderlo. Legalmente, se hubiera podido impedir si alguien o alguna institución hubiera tenido un poco de interés en ello. Ahora se empieza a rumorear que la maldita ley puede quedar en suspenso.

—Dios le oiga y ojalá sea pronto. ¿Qué hay del viaje de Francisco José y Miguel a Madrid?

—Han estado aquí esta mañana. Justo hasta el momento en que llegasteis. ¿Por dónde habéis venido?

—Hemos subido por Mendizábal.

—No, bajaron por el otro lado. De todas formas, esta tarde nos reunimos para ultimar todos los detalles en casa del conde de La Valenciana. ¿Por qué no venís? Si lo deseáis, estáis invitado.

—Lo sé, pero voy a declinar. Las relaciones con la aristocracia no están en su mejor momento.

—¿Vos creéis?

—No cabe duda que hubo mejores tiempos.

—¿Cuándo la Francia Chiquita, por ejemplo?

—Por ejemplo —contestó Hidalgo con una sonrisa.

—Verdaderamente, fueron tiempos inolvidables.

—Sí que lo fueron —en su tono se percibía una cierta nostalgia.

—El Tartufo de Moliere se hizo famoso —apuntó Riaño con una cómplice sonrisa.

—Bueno, intendente, dejemos aquellos tiempos que nos llevan al borde del llanto, y ya no le entretengo más. Ha sido un largo e

interesante diálogo, y a nosotros nos queda camino que recorrer.

—Tenéis razón, ha sido una agradable visita con una conversación apasionante.

—Ahora me conocéis mejor.

—Nos conocemos mejor —enmendó el intendente después de un amistoso abrazo.

Hidalgo comenzó a bajar la amplia escalera de piedra mientras Riaño, desde lo alto, contemplaba como se alejaba aquella calva requemada por el sol que coronaba una larga melena blanca. Presumía de conocer bien a ese hombre que, de habérselo propuesto, podría haber llegado donde hubiera querido. Sin saber cómo ni porqué, se encontró describiendo mentalmente su retrato y recordando su reciente pasado. Era de mediana estatura, cargado de espaldas, ojos verdes y vivos, la cabeza ligeramente caída sobre el pecho, inteligente, tenía una facilidad especial para asimilar los razonamientos más profundos de la teología y la filosofía. Era considerado sumamente astuto, o casi mejor, taimado, siendo conocido por el apodo de Zorro. Otros lo veían como un inconformista ilustrado amante de la buena vida. Tenía una atractiva sagacidad para engañar con inteligencia y desparpajo, y a veces, con imprudencia. Amante de las discusiones, era muy difícil discutir con él sin correr el riesgo de quedar en ridículo.

Tampoco era ningún desconocido del pecado. Con poco más de treinta años, fue nombrado rector del Colegio de San Nicolás, donde había cursado sus estudios. Por esas fechas compró una hacienda y dos ranchos, dedicándolos, entre otras cosas, a la cría de toros de lidia. Faltándole dinero para la compra, tuvo que pedir un préstamo de 7.000 pesos al juzgado de Capellanías de Valladolid.

De repente, su vida empezó a cambiar. Fue destituido como rector del colegio y expulsado, acusado de malgastar los fondos del centro. A pesar de su conducta, el obispo de Valladolid le encomendó un curato bien remunerado. Con todo, don Miguel Hidalgo continuó por su «buen camino» y poco después era procesado por la Inquisición acusado de incumplir con sus deberes parroquiales

por dedicarse a otros menesteres, como jugar a las cartas, relacionarse con mujeres, leer libros prohibidos, etc.

En el segundo curato en que estuvo, el de San Felipe Torres Mochas, su casa se hizo famosa por las sesiones de música, conversaciones literarias y, sobre todo, por las obras de teatro que allí se escenificaban, con especial predilección por las francesas, motivo por el cual su casa era conocida con el nombre de la Pequeña Francia o la Francia Chiquita.

Cuando murió su hermano Joaquín, el obispo le ofreció el curato que este había dejado libre, el del pueblo de Dolores, con una renta de 8.000 pesos anuales. Lo aceptó, dando la mitad de los ingresos a otro cura para que se ocupara de los deberes parroquiales y así quedar libre para sus quehaceres particulares, como la cría de gusanos de seda, la alfarería, el cultivo de viñas y cuantas cosas se le ocurrieran.

La puerta de la alhóndiga se abrió y aquella figura negra con blanca cabellera y andar decidido desapareció por ella. «Que tengas mucha suerte y recuperes tus haciendas», le deseó mentalmente Riaño.

La fachada de aquella casa de dos plantas situada en la plaza Mayor impresionaba por la belleza de su cantería. Al mandarla construir su dueño, el que fuera primer conde de La Valenciana, había exigido a los constructores que, al contemplarla, ella, por sí misma, representara fortuna, simbolizara alcurnia y denotara poder.

Dentro de ella, el conde de Casa Rul, como anfitrión, anunciaba poniéndose en pie:

—Señores, demos por terminado este pequeño homenaje gastronómico y hagamos llegado el momento de pasar al salón para, con el agradable aroma de un café en compañía de unos reconfortantes licores mezclados con el humo de un buen cigarro, pongamos fin a la importante conversación que nos ocupa.

—Una excelente comida —comentaban los invitados al tiempo que se levantaban y se dirigían al lujoso y acogedor salón ricamente amueblado. Gruesas cortinas combinadas con seda y en las paredes frisos de un tallado rebuscado pero elegante invitaban al relajamiento y a la conversación.

—Tomemos asiento, señores —invitó don Diego de Casa Rul, actual conde de La Valenciana, que en nada se parecía a su antecesor y suegro don Antonio de Obregón y Alcácer, hombre que, a pesar de sus muchas riquezas, supo conservar la franqueza de su carácter y la sencillez de sus costumbres provenientes de tiempos de menos bonanza, destacando sobre todo su filantropía, palabra desconocida para el nuevo conde, que, en este momento y alzando su copa, proponía:

—Y antes de reanudar la conversación, brindemos por el buen viaje de Francisco José y Miguel a nuestra amada España.

—¡Por un buen viaje! —corearon todos.

—Bien, aquí tenéis estos sobres —reanudó el conde dirigiéndose a los dos mencionados—. Uno para el Tribunal de Minería de Méjico y otro para el virrey Iturrigaray, solicitándole un escrito de recomendación para que, una vez en España, podáis entrevistaros con don Manuel Godoy. Es muy importante garantizar los envíos de pólvora y azogue para que las minas puedan seguir funcionando. La situación entre Francia e Inglaterra nos inquieta.

»Este es el único tema de conversación que debéis mantener con el virrey. Podéis hablarle de los 14.000 quintales de pólvora diarios que se necesitan, como de otras cosas relacionadas con la minería, pero ni el más mínimo comentario sobre la Ley de Consolidación. En el momento que se enterara que ese es uno de los motivos del viaje, ni os atendería. Creedme, le conozco bien, recordad que cuando vino de visita a Guanajuato, estuvo de huésped en esta casa, y no es persona de fiar.

»Sobre el tema de esta ley, aquí tenéis este otro sobre, que, una vez en España, entregaréis a don Manuel Godoy o a la persona que él estime conveniente. Es necesario que este escrito llegue a buenas

manos para que la Corona sepa lo que la Ley de Consolidación de Vales Reales está desequilibrando a toda la sociedad novohispana y arruinando a cuanto de interés hay aquí.

»Tienen que saber y comprender lo que esta maldita ley está desacreditando a la Corona, tachándola de ignorante e incapaz, y, sobre todo, falta de interés por este reino.

»¡Un hermoso viaje os espera! ¡Haced que se cumplan todas nuestras esperanzas!